

# Movilización y asociatividad popular: dos facetas del papel de la clase en la configuración de la identidad pampina (Tarapacá, 1890-1907)\*

*Pablo Artaza Barrios*

UNIVERSIDAD DE CHILE

partaza@uchile.cl

## *Resumen:*

A la luz del debate reciente en las ciencias sociales respecto a la identidad de los actores colectivos y de su capacidad categorial para superar los análisis centrados en la noción de clase social, este artículo profundiza en torno al proceso específico de construcción de la identidad pampina. Intentando con ello ponderar y armonizar el papel específico que en dicho proceso juega la construcción de una clase social como factor identitario, lo que se analiza a través de las variables de movilización y asociatividad popular en la nortina provincia de Tarapacá entre 1890 y 1907.

Palabras clave: Identidad pampina, Clase, Movilización, Asociatividad

## *Abstract:*

In connection with recent debates in the social sciences regarding the identity of collective actors and their disciplinary capacity to transcend class-centered analyses, this article focuses on the specific process of identity construction in Chile's Pampa identity ("identidad pampina"). Its overriding purpose is to determine the specific role played in such process by class-formation as a source of collective identity, approaching it through the variables of mobilization and popular association in the northern province of Tarapacá, between 1890 and 1907.

Key words: Pampina identity, class, mobilization, associative practices

\* La recopilación del material necesario para este artículo fue posible gracias al proyecto Fondecyt N° 1010077, dirigido por el historiador Julio Pinto Vallejos.

Desde hace algunas décadas la preocupación por la identidad de los actores sociales se ha situado en el centro de la reflexión de las diversas disciplinas que conforman las ciencias sociales y la historia no ha estado ausente de esta tendencia, buscando un lugar desde el cual participar en el debate actual en torno a la identidad. Con ello, un concepto que hasta hace poco tiempo parecía innecesario y se consideraba por sí mismo satisfecho —ya sea por el sentido común o por categorías correspondientes a diversas adscripciones ideológicas— ha cobrado relevancia, siendo habitual que la producción historiográfica no sólo identifique a los actores sociales que considera, sino que aborde diversos aspectos relativos a la construcción de su identidad. Gracias a esta preocupación, actualmente es posible contar con numerosas publicaciones orientadas ya sea a conceptualizar el término, así como a buscar su sentido a partir de casos y situaciones específicas. Dentro de esta tendencia general se encuentran aquellas investigaciones recientes destinadas a profundizar en torno a, quizás, una de las identidades colectivas presentes en la historia de nuestro país que más pervivencia ha tenido y mayor atención ha despertado: la identidad pampina.

Lo anterior ha tendido a reemplazar la vigencia y centralidad que otras categorías poseían en los análisis de la realidad social. Fundamentalmente, nos referimos a los estudios elaborados sobre la noción de clase social y que estructurados en torno a ella, abordaban la construcción del sujeto popular y de su comportamiento colectivo. Así planteado, desde hace algún tiempo la noción de clase ha caído en un relativo desuso debido —supuestamente— tanto a su marcada rigidez cuanto a una excesiva determinación estructuralista, volviéndose poco conveniente para un adecuado análisis social, el que por esta misma razón ha ganado en riqueza y complejidad. Con lo cual, la noción de clase ha perdido terreno, siendo reemplazada por una categoría más amplia e inclusiva como la de identidad, llegándose incluso al extremo de presentarlas como categorías antagónicas.

Es en este contexto que surge el presente artículo, el que busca examinar —en una época y lugar delimitados— la relación existente entre las categorías de clase e identidad. Explorando el proceso específico de construcción de la identidad pampina, se analiza el creciente papel que juega en ello la conformación de una clase social, la que es observada gracias al seguimiento del comportamiento social en torno a dos variables, compuestas por la movilización y la asociatividad popular en la nortina provincia de Tarapacá entre 1890 y 1907, las que en conjunto —se estima— permitirán demostrar cómo surge y se construye una clase social y, a la vez, como ella va paulatinamente adquiriendo preeminencia como factor fundamental en su estructuración identitaria. La atención puesta en estas variables no resulta accidental, ya que se han privilegiado porque permitirían evidenciar de mejor forma tanto las transformaciones que habrían operado entre los sectores populares de la provincia como, asimismo, los diversos mecanismos que estos mismos habrían diseñado para enfrentarlas.

Pese a que en este artículo no intentamos realizar una aproximación teórica o conceptual respecto a la identidad, parece necesario consignar algunas consideraciones que nos permitan comprender mejor los principales aspectos y características involucradas, tanto en la configuración de las identidades colectivas en general como específicamente de la identidad pampina.<sup>1</sup> Así, para Manuel Castells, “la identidad es la fuente de sentido para la gente”, o más específicamente “el proceso de construcción de sentido atendiendo a un atributo cultural, o a un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido”.<sup>2</sup> Surge de aquí un concepto caracterizado por dos elementos centrales. En primer lugar, una fuerte historicidad de la identidad, ya que las tres fuentes de sentido identificadas por este autor —las que corresponderían al producto de estrategias de legitimación por parte de las instituciones dominantes de la sociedad, a la resistencia generada frente a estas estrategias, o como fruto de proyectos de transformación del conjunto de la estructura social<sup>3</sup>— corresponden a procesos de construcción social.<sup>4</sup> Y en segundo lugar, a un alto nivel de mutabilidad, debido a que la identidad se debatiría en una constante transformación por las múltiples posibilidades de relación y combinación que estas diversas fuentes de sentido podrían llegar a adoptar, dándose incluso la posibilidad de que para “un actor colectivo puede haber una pluralidad de identidades”.<sup>5</sup>

Aportando a lo menos dos interesantes aspectos relativos a la identidad que complementan los referentes señalados recién, Pierre Tapp define esta categoría como “un sistema dinámico, de sentimientos axiológicos y de representaciones por las cuales el actor social, individual o colectivo, orienta sus conductas, organiza sus proyectos, construye su historia, busca resolver las contradicciones y resolver los conflictos, en función de determinaciones diversas ligadas a sus condiciones de vida, a las relaciones de poder en las que él se encuentra implicado, en relaciones constantes con otros actores sociales sin los cuales él no puede definirse ni reconocerse”.<sup>6</sup> Al igual que en el concepto de Castells, quien subrayaba su carga de

<sup>1</sup> Respecto a identidad, sigo —aunque con ampliaciones— el artículo de Julio Pinto, Verónica Valdívía y Pablo Artaza, “Patria o clase en los albores de la identidad chileno-pampina, (1860-1890)”, en *Historia*, N° 36, Santiago, 2003, pp. 275 - 281.

<sup>2</sup> Manuel Castells, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. II, “El poder de la identidad”, México D. F., Siglo XXI, 1999, p. 28.

<sup>3</sup> *Ibid*, p. 30.

<sup>4</sup> Más categórico sobre este punto se plantea Jorge Larraín, para quien “la identidad no es una esencia innata dada sino un proceso social de construcción”. Ver Jorge Larraín, *Identidad chilena*, Santiago, LOM, 2001, p. 25.

<sup>5</sup> Manuel Castells, op. cit, p. 28.

<sup>6</sup> Citado en Cristina Moyano, “Los vendedores ambulantes en la ciudad horrorizada: el eterno pregón. Santiago 1850-1880. Cambios en la identidad popular”, Tesis de

historicidad y dinamismo, Tapp dimensiona adecuadamente la doble condición de la identidad como proceso de construcción realizado de forma autónoma por parte de los actores sociales, pero a la vez establecido en relación a un otro. Para este autor, las posibilidades de construcción de un *nosotros* —paso fundamental para hablar del surgimiento de una identidad colectiva— se asocia por igual a la materialidad de la existencia, a la experiencia vivida, y a la existencia de *otro* frente al cual, por un efecto de diferenciación, pueden los actores definirse y reconocerse, constituyéndose como sujetos de identidad. Por ello, la identidad, se construiría en la autonomía, fruto de nuestra propia experiencia social y las representaciones que en torno a ella elaboramos, y relacionalmente, como parte de un campo de fuerzas en que se enfrentan comportamientos y discursos hegemónicos y contestatarios.

En amplia coincidencia con las cuatro características más relevantes de la identidad que hasta aquí hemos destacado —historicidad y mutabilidad, carácter autónomo y relacional— se encuentran los planteamientos del historiador Luis Alberto Romero. Para él, los cuatro ejes constituyentes de identidad serían el fruto de un proceso histórico concreto de construcción y reconstitución permanente que generaría un espacio poblado por referencias cruzadas, cambiantes e incluso contradictorias, en las que “el papel de la propia experiencia de los actores” no puede ser separado de lo que él denomina la “identidad atribuida”, ya que “lo que el otro piensa de nosotros contribuye a definir el nosotros”.<sup>7</sup> Lo anterior cobraría especial importancia, ya que es en el momento en que fruto de este complejo conjunto de procesos tanto objetivos como subjetivos, e internos cuanto externos, en que “puede hablarse de un “nosotros”, cuando sería precisamente que aparece la identidad. La que es caracterizada como “cristalizaciones provisionales, que dan el tono, la línea principal en una situación, un período relativamente largo, asible, cognoscible, pero que no excluye tonos menores, líneas alternativas, diferentes o contradictorias, remanentes o anticipatorias [...] sus límites y sus perfiles son fluidos y cambiantes, aunque puede identificarse en ellas un núcleo duro”.<sup>8</sup> Por otra parte, en sus estudios sobre identidad de los sectores populares urbanos, es este autor quien —quizás— mayor distancia toma respecto del valor de la categoría clase, ya que para él no prestaría real utilidad ni siquiera para bosquejar el nivel en que se

licenciatura en Historia inédita, Universidad de Santiago de Chile, 2000, p. 61. Ver también Pedro Milos, “Historia regional, identidad y memoria: la noción de vectores de recuerdo”, en Pablo Artaza Barrios (et. al.), *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, LOM, 1998, pp. 209 a 223.

<sup>7</sup> Ver Luis Alberto Romero, “Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas: la cuestión de la identidad”, en *Desarrollo Económico*, 27, N° 106, Buenos Aires, 1987; y “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”, en *Proposiciones*, N° 19, Santiago, 1990.

<sup>8</sup> Luis Alberto Romero, “Los sectores populares urbanos”, op. cit., p. 277.

constituyen los sujetos, los que —en su opinión— se constituyen “tanto en el plano de las situaciones reales o materiales como en el de la cultura”.<sup>9</sup>

Al igual que lo señalado para el caso de la identidad en general, la identidad pampina es una categoría construida y explorada desde múltiples perspectivas y a su descubrimiento han contribuido todas aquellas investigaciones dedicadas a estudiar el ciclo salitrero desde los diversos campos comprendidos por las ciencias sociales y humanidades.<sup>10</sup> Sin embargo, es el sociólogo e historiador Sergio González quien más ha desarrollado este concepto, llegando a establecer una descripción del proceso de construcción de la identidad pampina. Siguiendo una línea argumental concordante con las características principales de las identidades colectivas comentadas anteriormente, es que para este autor “el pampino es un sujeto social propio de una temporalidad y una región”.<sup>11</sup> Por tanto, la identidad pampina es fundamentalmente un proceso histórico de construcción, especificando además, que es el ciclo expansivo del salitre —entre fines de 1870 y las primeras tres décadas del siglo XX— el más determinante para su formación<sup>12</sup> y que el marco físico corresponde a la pampa salitrera.<sup>13</sup>

Para González, el mecanismo esencial de construcción de la identidad pampina es el lenguaje, ya que es mediante este instrumento como se hace habitable y se consigue identificación con ese espacio: “el ser social llamado pampino construyó su mundo por medio de términos que concluyeron siendo sus conceptos fundamentales del diario vivir, crearon el lenguaje que necesitaban, el que les permitió entre otras cosas definir los límites de su comunidad o sociedad, la hipóstasis de su realidad y su identidad regional”.<sup>14</sup> A partir de la importancia asignada al lenguaje

<sup>9</sup> *Ibid*, p. 272. Siendo más claro en su diferenciación, Romero resalta que para el marxismo “los sujetos se constituyen en el nivel de la estructura socioeconómica, en torno a las relaciones sociales de producción, lo cual es —creo— sustancialmente correcto, aunque no lo es en cambio, dar por terminada la indagación allí, donde en realidad empieza”. *Ibid*, p. 270. Ver también su “Introducción” en Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 16.

<sup>10</sup> Ver al respecto Julio Pinto, Verónica Valdivia y Pablo Artaza, op. cit., primera sección.

<sup>11</sup> Sergio González, *Hombres y mujeres de la pampa: Tarapacá en el ciclo del salitre*, Iquique, Taller de Estudios Regionales, 1991, p. 15.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 16.

<sup>13</sup> Para el autor que comentamos, el espacio juega un rol central en la construcción de identidad ya que para él, estos actores “se definieron como pampinos: el espacio les proporcionó el concepto de la identidad. Pampa en quechua significa una llanura extensa, desértica en este caso, por tanto no tiene por sí misma la facultad de constituir existencia, el hombre debió darle habitabilidad, para después identificarse y sentirse parte de ella”. Ver Sergio González (Comp.), *Glosario de Voces de la Pampa. Tarapacá en el Ciclo del Salitre*, Iquique, Taller de Estudios Regionales, 1992, p. 16. Ver también de este autor, “La identidad regional en Tarapacá: El caso salitrero a modo de ejemplo”, en *Diálogo Andino*, N° 9, Arica, 1990.

<sup>14</sup> *Glosario de Voces*, op. cit., p. 17.

como mecanismo creador de identidad surge otra de las características esenciales del concepto de la identidad pampina: la interacción de diversos campos culturales, el que cobra mayor importancia dado que la zona salitrera es un área de poblamiento reciente. En sus palabras: “La hipóstasis que hizo el pampino de esa realidad no emerge de la nada, el hombre y la mujer que llega al desierto no es una tabla rasa, [...] el pampino es un ser venido de los más variados rincones de la región y del planeta, y llega a las salitreras con la mochila llena de cultura [...] trae su lenguaje, sus motivaciones, sus ideas, sus experiencias anteriores”. En torno a estos diversos elementos “terminaron creando un espacio propio: construyeron un conjunto de valores y normas consuetudinarias de comportamiento Pampino (ethos) y una fidelidad y un sentimiento a esos valores y normas (pathos)”,<sup>15</sup> donde ambos serían elementos constituyentes esenciales de la identidad pampina. Asimismo, esta interacción de campos culturales no se debe sólo al aporte personal de los actores directamente involucrados en su realidad, sino que también recibe el aporte de las áreas de influencia —tanto interna como externa— que actuaban sobre el enclave salitrero.<sup>16</sup>

El reconocimiento de la importancia de los diversos elementos culturales que se conjugarían en la conformación de la identidad pampina —la mochila cargada por los diversos actores al construir su identidad— abre la puerta al análisis de sus características, ya que en gran medida ésta será a su vez el reflejo de esta diversidad de cargas culturales. De esta forma, la identidad pampina es caracterizada por González en función de las propias características del poblamiento de Tarapacá. La concurrencia de variadas nacionalidades y razas serían clave en este sentido, ya que harían del pampino un ser pluriétnico y plurinacional, siendo ambos aspectos básicos de su identidad.<sup>17</sup> Lo anterior “permitió —para este autor— hacer del Tarapacá salitrero un crisol cultural, en el cual sin distinciones discriminatorias de nacionalidades y orígenes étnicos, la gente logró construir una identidad nueva y diferenciada: el pampino”.<sup>18</sup> Junto a estas características esenciales de la identidad pampina, habría otras que ya no se deducirían de las originalidades de las cargas culturales previas, sino que por el contrario estarían dadas por lo distintivo de la vida y el trabajo sobre el espacio de la pampa. En este sentido, la alta movilidad asociada al trabajo salitrero generaría una amplia valoración de la liber-

<sup>15</sup> *Ibid*, respectivamente p. 18 y 16. Ver también Sergio González, op. cit., capítulo IV.

<sup>16</sup> Respecto a la definición de los espacios de influencia internos y externos ver capítulo III de *Hombres y mujeres*, op. cit., especialmente, p. 72.

<sup>17</sup> Sergio González, “Una aproximación a la mentalidad del obrero pampino: Identidades locales y movimiento obrero salitrero”, en *Monografías de Cuadernos de Historia*, N°1, Santiago, 2000, p. 313.

<sup>18</sup> Sergio González, *Hombres y mujeres*, op. cit., p. 25 y siguiente.

tad.<sup>19</sup> De la misma forma, la alternancia entre etapas de crecimiento y bonanza con recurrentes períodos de crisis, generarían en el pampino una identidad marcada por la inestabilidad, al punto que “La crisis, entonces, será una categoría internalizada en la personalidad del pampino y se expresará en su conducta y cosmovisión”.<sup>20</sup> En conjunto, estas serían las cuatro características propias de la identidad pampina más desarrolladas por el autor, ya que las siguientes, derivadas más bien de las relaciones con el espacio y, especialmente, con otros actores sociales, esperan mayor desarrollo.

Por su parte, Julio Pinto también ha estudiado ampliamente el proceso de reconfiguración de la identidad popular producto del ciclo salitrero. Escenario en el cual el peonaje chileno tradicional, al enfrentar una organización económica y social de rasgos más modernos, caracterizada por una producción mecanizada, un habitat urbano y relaciones laborales signadas por el intercambio salarial, habría transformado su identidad social en un doble registro. Orientándolo así, —en un sentido clasista— hacia una fuerte autonomía organizativa y cultural, y asimismo, conduciendo al menos a algunos de sus segmentos hacia un sentido de participación nacional, expresado en una tendencia hacia la politización y de adhesión a un sentimiento de nación.<sup>21</sup>

Con esta breve revisión de los aspectos fundamentales de las identidades colectivas en general, y especialmente de la identidad pampina, más que continuar proporcionando nuevas características de los procesos de su construcción, se busca estudiar cómo se conjugaron estos elementos distintos o, en términos de Castell, estas distintas fuentes de sentido. Siendo la identidad pampina una categoría social e históricamente elaborada y, por lo mismo, un proceso en permanente reconstitución, su estudio obliga a situar al actor social constructor y portador de esa identidad en el contexto de un proceso histórico concreto; ya que sólo ahí se pueden pesquisar adecuadamente el papel que juegan y la significación que alcanzan los diversos referentes que, al combinarse, forman esa identidad. Así, la identidad pampina, al igual que la identidad de cualquier actor colectivo, constituye una categoría compleja que debe ser abordada por medio del estudio tanto de sus elementos de base o referentes fundamentales, como de sus procesos sociales de construcción. Por ello es que rastreando en diversas vías, buscamos la adhesión a organizaciones populares como mutuales, mancomunales, sociedades en resistencia y sindicatos; y la participación en manifestaciones, movilizaciones y formas de

<sup>19</sup> *Ibid*, pp. 47 a 50. Para el autor, “El enganche, junto a la migración voluntaria, produjeron en la pampa salitrera un tipo de mentalidad basada en la movilidad y en la libertad que definió el carácter del pampino y de sus organizaciones obreras”, *Ibid*, nota N° 6, p. 97.

<sup>20</sup> *Ibid*, p. 53.

<sup>21</sup> Lo esencial de este trabajo ha sido reunido en Julio Pinto Vallejos, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Santiago, Ediciones Usach, 1998.

sociabilidad obrera,<sup>22</sup> con el objeto de explorar, a través del propio comportamiento de los sectores populares tarapaqueños del período, las características del proceso de construcción de un sujeto colectivo, primero, y luego, de los referentes fundamentales de su identidad.

#### LA MOVILIZACIÓN SOCIAL TARAPAQUEÑA

El cambio de siglo en Chile estuvo marcado por una etapa de intensa actividad reivindicativa por parte de los sectores asalariados del país. Inserta en el contexto de la problemática económica y social conocida como *la cuestión social*, este período se caracterizó por la marcada tendencia ascendente descrita por la conflictividad popular, ya fuera de naturaleza laboral o más ampliamente social. Tendencia que respondía a una mayor capacidad organizativa originada desde las clases laboriosas, las que paralelamente venían experimentando —en forma de avances y retrocesos— en torno a las ventajas de desplegar su acción colectivamente. Evidentemente, este problema no era algo privativo de nuestra realidad, ya que incluso el término había sido introducido en nuestro país, luego que fuera generado —con bastante antelación— por una serie de intelectuales y reformadores europeos preocupados por los efectos sociales y laborales asociados al desarrollo industrial y a la concentración urbana,<sup>23</sup> de quienes fue adoptado —en algunos casos bajo características particulares debido al desfase con que estos mismos fenómenos se registraban— tanto por pensadores latinoamericanos como chilenos.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Para un mayor desarrollo de las movilizaciones y asociaciones populares del período ver Pablo Artaza B., *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900 – 1912*, Concepción, Ediciones Escaparate, 2006, capítulo I.

<sup>23</sup> En términos más amplios y bosquejando un mayor alcance del término, Robert Castel —uno de los autores que más profundamente ha trabajado el concepto y su evolución histórica— señala que: “La “cuestión social” es una aporía fundamental en la cual una sociedad experimenta el enigma de su cohesión y trata de conjurar el riesgo de su fractura. Es un desafío que interroga, que pone en cuestión la capacidad de una sociedad (lo que en términos políticos se denomina una nación) para existir como un conjunto vinculado por relaciones de interdependencia”; situación que se habría planteado en Europa desde la década de 1830, “a partir de la toma de conciencia de las condiciones de vida de poblaciones que eran a la vez agentes y víctimas de la revolución industrial”. Ver *La metamorfosis de la cuestión social*, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 20.

<sup>24</sup> Este aspecto ha sido destacado por prácticamente todos los autores que se han referido al tema, ver James Morris, *La elite, los intelectuales y el consenso*, Santiago, 1967, pp. 79 y siguientes. Además de este texto, resulta de utilidad el artículo de Ximena Cruzat y Ana Tironi, “El pensamiento frente a la cuestión social en Chile”, en Eduardo Devés, Javier Pinedo y Rafael Sagrado (Comp.), *El pensamiento chileno en el siglo XX*, México, F.C.E., 1999; y el “Estudio crítico” que antecede la recopilación realizada por Sergio Grez en *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804 – 1902)*, Santiago, Dibam, 1995.

En nuestro país, la casi constante inflación y consiguiente devaluación de la moneda y la crisis política evidenciada en la incapacidad del sistema parlamentario para resolver los conflictos nacionales, no hacían sino proporcionar un mayor fundamento a esta ya tensa situación. En general, la mayoría de los estudios referidos al movimiento obrero chileno han insistido en la correlación existente entre *la cuestión social*, la crisis económica de principios de siglo y las falencias del parlamentarismo con el refuerzo de la movilización popular.<sup>25</sup> De hecho, James Morris al intentar definir lo que entiende por cuestión social, debe necesariamente recurrir a estos elementos. Para este autor, “La cuestión social [...] posee una significación muy amplia y se refiere a todas las consecuencias sociales, laborales e ideológicas de la industrialización y urbanización nacientes: una nueva fuerza de trabajo dependiente del sistema de salarios, la aparición de problemas cada vez más complejos, pertinentes a vivienda obrera, atención médica y salubridad; la construcción de organizaciones destinadas a defender los intereses de la nueva ‘clase trabajadora’; huelgas y demostraciones callejeras, tal vez choques armados entre los trabajadores y la policía o los militares, y cierta popularidad de las ideas extremistas”.<sup>26</sup>

Es en este contexto que en la nortina provincia chilena de Tarapacá, área caracterizada por una elevada tasa de concentración popular, *la cuestión social* se manifestaba en toda su crudeza, y antecediendo aún al período más crítico que se abre en 1905, ya desde la primera huelga general registrada en el país en 1890 — la que precisamente se desplegaría desde esta provincia— la zona comenzará a experimentar una serie de dificultades, generadas principalmente por la respuesta dada por los sectores populares frente a las duras condiciones de vida y trabajo en que se encontraban. Hasta el momento, la más completa recopilación de información existente respecto a las movilizaciones populares registradas en el norte grande durante el ciclo salitrero es la realizada hacia mediados del siglo veinte por Floreal Recabarren en base a algunos exponentes de la prensa regional, y ella —a su vez— ha servido de base a prácticamente todos los que se han referido a la movilización popular.<sup>27</sup> Sin embargo, el recuento realizado por Recabarren adolece

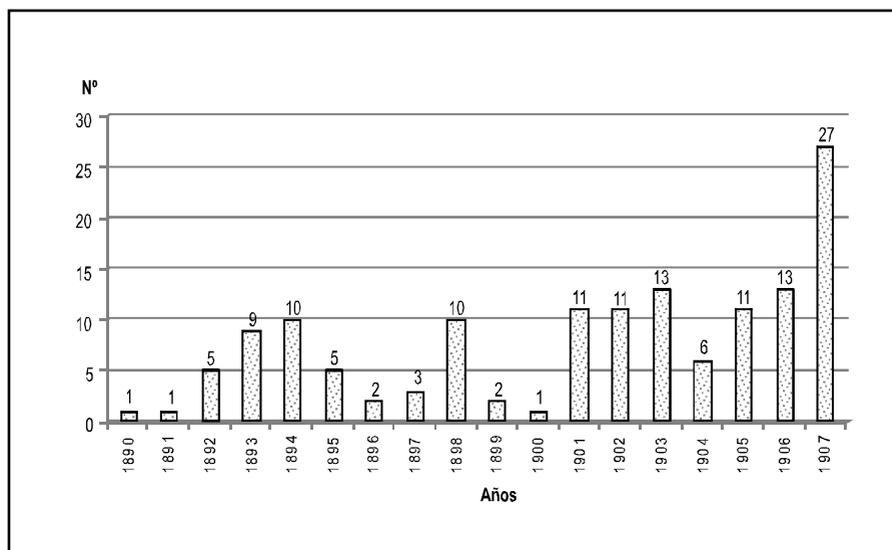
<sup>25</sup> Sólo como ejemplos de esta afirmación se puede ver Julio César Jobet, *Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y el socialismo chilenos*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1973, pp. 123 a 169; Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, siglo XIX*, Santiago, 1956, pp. 312 a 322; y Fernando Ortiz Letelier, *El movimiento obrero en Chile, (1891-1919). Antecedentes*, Madrid, Ediciones Michay, 1985, especialmente su capítulo IV, titulado *Los partidos políticos frente a la cuestión social*, pp. 232 a 278.

<sup>26</sup> James Morris, op. cit., p. 79.

<sup>27</sup> Floreal Recabarren, “Historia del proletariado de Tarapacá y Antofagasta”, Tesis de Pedagogía en Historia y Geografía inédita, Universidad de Chile, 1954. Respecto a la amplia utilización de esa información, el mejor ejemplo está en Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile*, Santiago, SUR Ediciones, 1986.

—al menos durante el período cubierto por este artículo— de algunas deficiencias que redundan en un amplio subregistro. Por ello es que en base a una más amplia recopilación de material de prensa e información proveniente desde el Archivo de la Intendencia de Tarapacá y del Ministerio del Interior, hemos podido identificar un importante número de movilizaciones que, entre 1890 y 1907, se generaron en la provincia tarapaqueña, sobre la cual analizar el comportamiento popular; el que se reflejará, tal como se muestra en el Gráfico N° 1,<sup>28</sup> en un ciclo de movilización popular que no se detendrá hasta 1907.

**Gráfico 1: Movilizaciones populares en Tarapacá, 1890 – 1907**



Fuente: Ver nota N° 29 a pie de página.

<sup>28</sup> La confección de los siguientes seis gráficos se basan en la revisión y cotejo de los siguientes materiales documentales y de prensa regional: Archivo del Ministerio del Interior (1890 a 1907), Archivo de la Intendencia de Tarapacá (1890 a 1907), *El Pueblo de Pisagua*, Pisagua, (1892 a 1907); *La Patria*, Iquique, (1891 a 1907); *El Nacional*, Iquique, (1890 a 1907); *El Pueblo*, Iquique, (1899 a 1903); *El Trabajo*, Iquique, (1901 a 1907); y *El Pueblo Obrero*, Iquique, (1906 y 1907).

De acuerdo a este gráfico claramente se aprecia cómo, durante los años que cubre este artículo, se registrará un ciclo ascendente en la movilización popular tarapaqueña, la que tendió a manifestarse en torno a dos fases. Iniciándose tímidamente en su expresión numérica, registrándose solo una movilización, ésta adquirió grandes alcances al constituir la primera huelga general registrada en el país, la que durante casi dos semanas paralizó la actividad en la provincia. Iniciada a partir de una demanda salarial de los trabajadores portuarios, esta huelga logró contar con el apoyo de los demás obreros tanto de la ciudad como de la pampa salitrera.<sup>29</sup> A partir de esta huelga se inicia una primera fase ascendente, la que se desplegará —sin interrupciones— hasta 1894 llegándose a diez movilizaciones. Esta primera fase es seguida por un quinquenio de comportamiento irregular en cuanto a movilizaciones, pese a registrar un año —como lo ocurrido en 1898— en que diversos sectores populares de la provincia se movilizaron colectivamente en diez oportunidades. La segunda fase ascendente se registra a partir del nuevo siglo y ya no se detendrá hasta finalizar nuestro período. En general, esta fase —ubicada en torno a la etapa más dura de la crisis en la provincia— se sitúa por encima del piso dejado por la anterior, ya que las movilizaciones anuales tienden a situarse por sobre el máximo registrado durante la primera fase, finalizando en 1907 con 27 eventos de este tipo, y más concretamente, por la cruenta represión estatal y patronal que finalizó con la conocida huelga general de diciembre de ese año.<sup>30</sup>

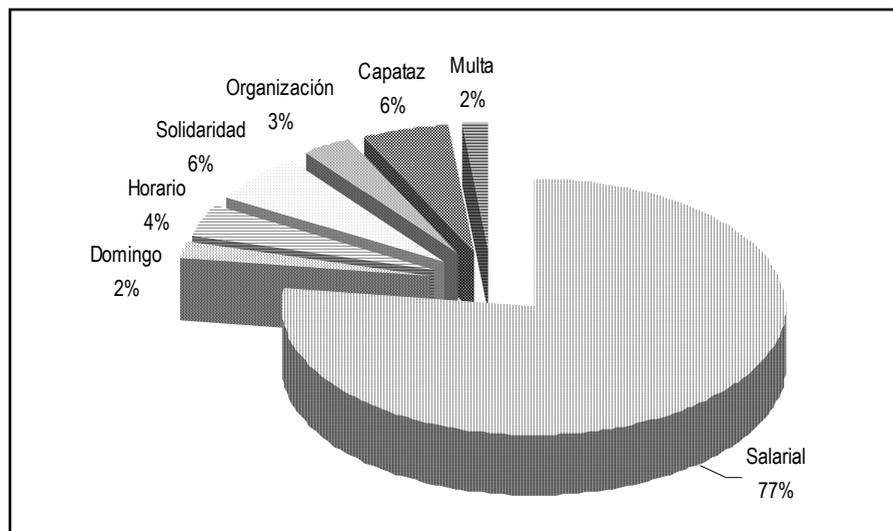
A través de este ciclo de movilizaciones pueden valorarse algunas de las principales transformaciones que durante este período operaron en el mundo popular, destacándose el papel central que adquieren las movilizaciones derivadas por la

<sup>29</sup> Para la huelga general de 1890 ver Julio Pinto Vallejos, “1890: un año de crisis en la sociedad del salitre”, en *Cuadernos de Historia*, N° 2, Santiago, 1982. Ver también, Sergio Grez Toso, “La huelga general de 1890”, en *Perspectivas*, N° 5, Madrid, 1990; y en *De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago, Dibam, 1998, pp. 705 a 759.

<sup>30</sup> Tanto la huelga como especialmente la matanza de la Escuela Santa María es uno de los hitos más recurrentes dentro de la trayectoria del movimiento popular, existiendo una gran cantidad de estudios específicos y siendo capítulo obligado en todas las historias del movimiento obrero. Entre las obras que lo abordan, sigue siendo el de Eduardo Devés la narración más completa, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907*, Santiago, 1989. Otro estudio corresponde a la recopilación de Pedro Bravo Elizondo, *Santa María de Iquique. 1907: Documentos para su historia*, Santiago, 1993. Asimismo, en 1997 se realizó un Congreso de Historia Regional dedicado a analizar diversos aspectos de la huelga; ver Pablo Artaza Barrios (et. al.), *A 90 años*, op. cit. Ver también, Guillermo Kaempffer, *Así sucedió, 1850 – 1925. Sangrientos episodios de la lucha obrera en Chile*, Santiago, 1962, pp. 117 a 15. El papel de la represión estatal y patronal ha sido especialmente considerado en Pablo Artaza B., *Movimiento social*, op. cit., capítulo III.

posición que ellos ocupaban en la estructura de clases y, muy especialmente, por la importancia que adquiere —tal como se aprecia en el Gráfico N°2— la reivindicación salarial entre los sectores populares de la Provincia, transformándose en un elemento aglutinador de este actor social. Para todo el período estudiado, y con un comportamiento prácticamente homogéneo en su transcurso, la amplia mayoría de las movilizaciones populares —alcanzando al 77% del total— estuvieron motivadas por una demanda basada en la reivindicación de un mayor jornal, permitiendo sostener que el mundo popular tarapaqueño basó sus acciones colectivas en torno a la demanda central de la clase trabajadora. Tendencia que se ve reforzada por algunas de las motivaciones minoritarias esgrimidas para emprender movilizaciones sociales. Tal es el caso de la alta ponderación relativa (6%) que alcanza la solidaridad como justificación de las acciones del período, donde el apoyo o defensa de algún o algunos compañeros de faenas bastó para realizar arriesgadas movilizaciones que llegan a equiparar a aquellas que se fundaban en problemas relativos al horario de las faenas y al descanso dominical.<sup>31</sup>

**Gráfico 2: Principales motivaciones de las movilizaciones tarapaqueñas, 1890 – 1907**

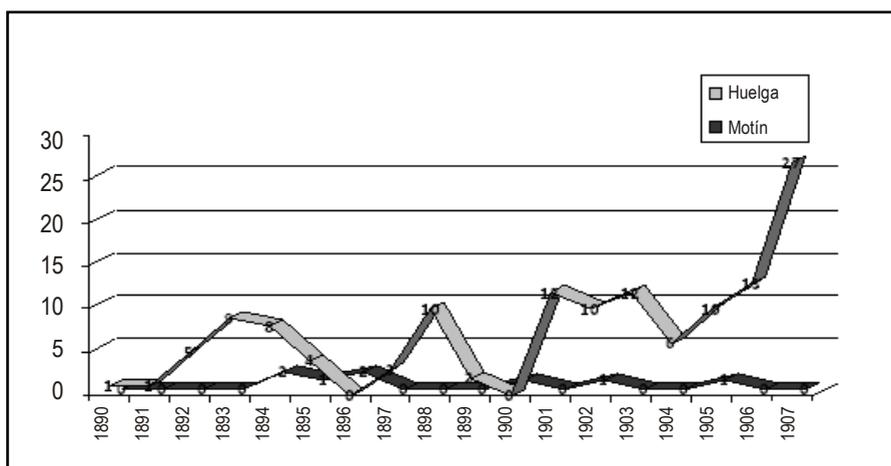


Fuente: Ver nota N° 29 a pie de página.

<sup>31</sup> Cuando se indica Multa se refiere a un caso en el que los fleteros se opusieron a cancelar una multa aplicada por infracción al trabajo. En los casos en que se indica Domingo, se alude a solicitud de descanso dominical. Horario, quiere decir reclamos respecto a la extensión de la jornada laboral. Capataz, señala conflictos surgidos para lograr la remoción del capataz o corrector. Solidaridad indica que el conflicto es en apoyo o defensa de compañeros.

Por otra parte, la composición altamente clasista predominante en torno a la movilización social tarapaqueña pareciera refrendada —como se manifiesta en el Gráfico N° 3— por la temprana adopción de un repertorio relativamente homogéneo respecto del carácter que ésta asumía. Si bien en términos nacionales Sergio Grez ha señalado que es hacia los primeros años del siglo XX, alrededor de 1904-1905, que la huelga logra instalarse como la forma predominante de expresión de los conflictos sociales y laborales del mundo popular, marcando con ello la transición desde formas típicamente peonales de expresión de la rebeldía primitiva —y que tendían a reflejarse en acciones caracterizadas por el motín— a formas de expresión más típicamente obreras como la huelga, Tarapacá parecería adelantarse en esta transformación.<sup>32</sup> Resultando concordante con lo planteado por Julio Pinto, para quien esta transición en los patrones predominantes del comportamiento colectivo de los sectores populares se habría adelantado a lo menos en una década. Según este autor, “durante los noventa, la espontaneidad y la ira debieron compartir espacios cada vez más relevantes con la planificación, la organización y el discurso de clase”,<sup>33</sup> lo que se reflejaría en que para nuestro período de análisis, las huelgas tienen un amplio y constante predominio frente a los motines, los que si bien continúan registrándose, aparecen permanentemente como un comportamiento marginal.

**Gráfico 3: Carácter de las movilizaciones populares tarapaqueñas, 1890 – 1907**



Fuente: Ver nota N° 29 a pie de página.

<sup>32</sup> Sergio Grez, “Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891 – 1907)”, en *Historia*, N° 33, Santiago, 2000.

<sup>33</sup> Julio Pinto V., *Trabajos y rebeldías*, op. cit., p. 123.

Los diversos aspectos de la transformación señalada resultan reforzados a partir de una somera revisión de algunas de las movilizaciones registradas entre 1901 y 1907, lo que nos permitirán comprender mejor el carácter que ellas revisten, sobre todo en términos de construcción y vigencia de la clase social. Como veremos más adelante, al iniciarse el siglo XX, una nueva organización obrera —la Mancomunal de obreros de Iquique— comienza a convocar a los trabajadores del litoral de la provincia para presionar por mejores condiciones salariales, obteniendo una rápida respuesta entre los sectores populares de la provincia.<sup>34</sup> Asimismo, en el interior, se generaba una nutrida corriente de protesta por los abusos que los obreros de la pampa debían soportar de sus patrones, ante lo cual una comisión presentó al Intendente una solicitud firmada por dos mil trescientos cincuenta obreros —dirigida al Ministro del Interior— destinada a denunciar sus más urgentes problemas.<sup>35</sup> De igual forma, el paso del año 1901 a 1902 está signado por serios conflictos entre los trabajadores de la rivera, comportamiento que continuará durante ese año y el siguiente.

Sin apariencias de interrumpirse, la complejidad que alcanza hacia fines de 1903 *la cuestión social* en la provincia de Tarapacá motiva al periódico *El Nacional*, considerado el decano de la prensa regional, a dedicar dos editoriales sucesivas para abordar este problema, para concluir señalando la necesidad de que el país asumiera la tarea de generar una completa legislación social.<sup>36</sup> La seriedad que la situación reflejaba respecto de la capacidad de movilización y organización del movimiento social tarapaqueño, así como el alto nivel de tensión social alcanzado en el norte salitrero llega incluso a generar la preocupación del gobierno, quien a principios de 1904 crea la Comisión Consultiva del Norte. Integrada por doce personas y dirigida por el Ministro del Interior, esta instancia gubernamental debía estudiar y proponer soluciones concretas a los principales problemas que inquietaban a las nortinas provincias de Tarapacá y Antofagasta.<sup>37</sup> Una vez en

<sup>34</sup> El 14 de octubre de 1901, el gerente de la Casa embarcadora Granja y Astoreca denunciaba que la Mancomunal encabezaba una huelga de sus operarios orientada a imponer un nuevo plan tarifario, más convenientes para los trabajadores. Ver “La Casa Granja y Astoreca. Los lancheros y cargadores”, *El Nacional*, Iquique, 15 de Octubre de 1901.

<sup>35</sup> “Protesta de más de dos mil trabajadores”, *El Nacional*, Iquique, 24 de mayo de 1901.

<sup>36</sup> “La cuestión social en Chile”, *El Nacional*, Iquique, 2 y 9 de agosto de 1903.

<sup>37</sup> La labor de esta Comisión —creada el 12 de febrero de 1904— fue cubierta por la prensa y los antecedentes sirven para identificar los problemas que afectaban a la sociedad popular del período. Material que se encuentra recopilado por Manuel de Salas Lavaqui (recopilador), *Trabajos y antecedentes presentados al Supremo Gobierno de Chile por la Comisión Consultiva del Norte*, Santiago, 1908. Entre el 15 y el 17 de marzo de 1904, *El Tarapacá*, Iquique, publicará bajo el título de “A estudiar la Provincia”, sus observaciones respecto a los asuntos que deben atender los miembros de la Comisión. Por su parte, *El Nacional*, Iquique, también cubrió la actividad de la Comisión, como por ejemplo en “En la labor”, correspondiente al 17 de marzo de 1904 y “El viaje del Ministro. De la Pampa a Tacna”, del 20 de marzo de 1904.

Iquique, el movimiento popular se hizo presente ante la Comisión y a través de las principales organizaciones obreras de la provincia hizo ver sus problemas y demandas: así lo hicieron la Mancomunal iquiqueña, a nombre de los gremios obreros de Tarapacá,<sup>38</sup> los trabajadores de la pampa, representados por un Comité Obrero compuesto de delegados de los distintos cantones del interior;<sup>39</sup> la Gran Unión Marítima, la Sociedad de Panaderos y la Gran Unión de Trabajadores.<sup>40</sup> Pese al trabajo en terreno desplegado por la Comisión y al conocimiento de la problemática real que vivía la provincia y, sobre todo, sus sectores populares, su labor no redundó en los efectos esperados, ya que no se concretizó en el despliegue de una actividad legislativa orientada a solucionar las deficiencias detectadas por la propia instancia gubernamental.

De esta forma, las dificultades que se venían registrando tanto en las relaciones entre obreros y patrones como las duras condiciones de vida que los sectores populares debían enfrentar, acrecentadas por la situación de crisis económica que se abría ante el país, se manifestaron —para 1905— en un amplio despliegue de actividad reivindicativa popular en la provincia, las que implicaron desde motines en la pampa salitrera hasta prolongadas huelgas entre los trabajadores de la bahía. En estos recurrentes conflictos comenzó a figurar, como un punto central de las reclamaciones, los perjuicios que causaba entre los trabajadores la baja en el cambio que experimentaba la moneda<sup>41</sup> y que mantendrá su vigencia y repercusión en el ciclo huelguístico que no se detendrá hasta fines de 1907, oportunidad en la que —aunque con desastrosas consecuencias— el movimiento social tarapaqueño dio muestras de su potencial. Demostrando su capacidad a través de una impresionante manifestación de acción colectiva, marcando el año de mayor conflictividad obrera en la provincia de Tarapacá.

Durante ese año, y aun antes, los principales sectores organizados del proletariado tarapaqueño desplegaron una activa campaña de agitación y movilización del elemento trabajador, la cual puede ser fácilmente percibida por medio de la actitud mantenida por los periódicos populares. *El Pueblo Obrero*, periódico de-

<sup>38</sup> “Manifiesto de los obreros de la provincia de Tarapacá al Supremo Gobierno”, publicado en Manuel de Salas Lavaqui (rec.), op. cit., pp. 557 a 565.

<sup>39</sup> “Ante el Ministro. Reclamación obrera”, *El Tarapacá*, Iquique, 17 de marzo de 1904. El texto completo de la “Presentación del Comité Obrero de Tarapacá al señor Ministro del Interior y miembros del Congreso Nacional” se encuentra en Manuel de Salas Lavaqui (rec.), op. cit., pp. 566 a 583.

<sup>40</sup> Ver “Memorial del gremio de lancheros y fleteros de Iquique al Señor Ministro del Interior”, en Manuel de Salas Lavaqui (rec.), op. cit., pp. 584 a 595.

<sup>41</sup> Como ejemplos de esta situación puede analizarse lo ocurrido a fines de abril en la Oficina La Palma, ver “Noticias de la Pampa. Oficina La Palma y Ecos de un desorden”, *El Tarapacá*, Iquique, 23 y 26 de abril de 1905 y lo ocurrido días después entre los trabajadores de la Bahía, “Huelga de estibadores y La Huelga”, *El Tarapacá*, Iquique, 25 y 29 de abril de 1905.

mócrata que había comenzado a publicarse en Iquique el 18 de septiembre del año anterior, va poco a poco alzando el tono de su crítica contra el gobierno, las autoridades, los burgueses y los capitalistas. Asimismo, 1907 ve aparecer entre mayo y agosto el periódico anarquista *El Primero de Mayo*, órgano oficial del Centro de Estudios Sociales La Redención, que buscaba precisamente difundir la labor del Centro, tendiente a la formación y organización de comités y organizaciones de resistencia. Por último, *El Trabajo* —periódico que sirve de órgano de expresión y difusión a la Combinación Mancomunal de Obreros— también sirve de barómetro para medir el aumento en la presión popular a medida que avanza el año. Tanto éstos como otros medios y formas de comunicación y difusión, ayudarán a que los efectos de la agudización de la crisis sean asumidos colectivamente por parte de los obreros de Tarapacá, situación que resultaría clave para comprender la forma en que un referente específico cobra centralidad en el complejo proceso de construcción de identidad.

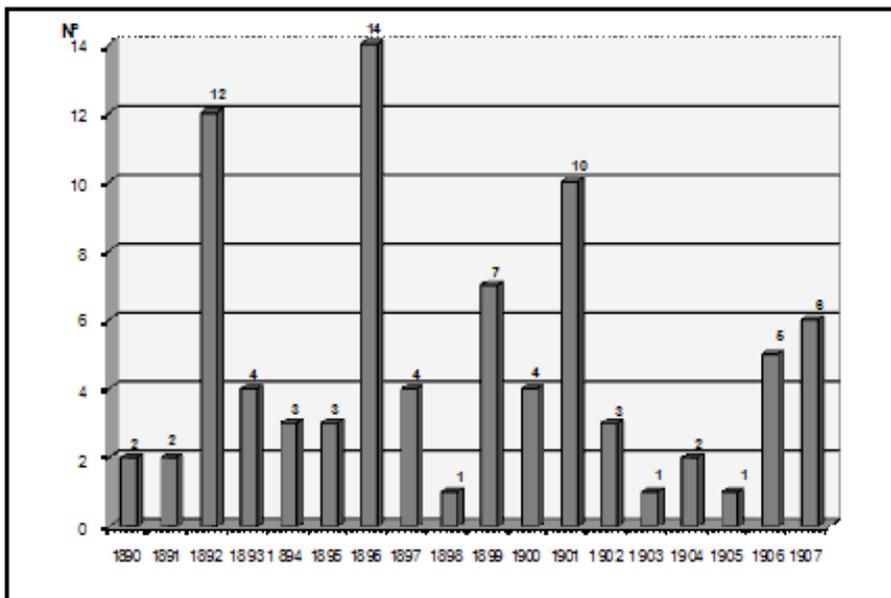
Así, 1907 sirve de hito, en cuanto representa el año de mayor conflictividad obrera en la provincia de Tarapacá. Ella responde, como acaba de plantearse, a una profundización de la crisis nacional, y como indicara Gonzalo Vial, “espoloneado por la carestía de la vida y factores coadyuvantes, el gran ciclo huelguístico que había comenzado en 1903, alcanzó su sangriento clímax en la Escuela Santa María de Iquique”, ya que “la espiral inflacionista incubó una sorda inquietud popular, que no se formulaba pero podía palpase en el ambiente”.<sup>42</sup> Esta se sumaba a una nutrida movilización de los trabajadores tarapaqueños que buscaba formular explícitamente su dramática situación, y más aun, planteándose la posibilidad de presionar colectivamente por alcanzar si no una solución a la misma, al menos una respuesta a sus necesidades más apremiantes.

#### LA ASOCIATIVIDAD POPULAR TARAPAQUEÑA

En el período abordado, no es sólo la acción colectiva asumida por los sectores populares tarapaqueños el único aspecto que llama la atención del observador. Paralelamente a la labor de movilización social que desde tiempo atrás venía registrándose, la organización de los sectores populares tarapaqueños se había robustecido y durante nuestro período de análisis, el mundo popular de la provincia experimentaba una profundización de sus postulados asociativos.

<sup>42</sup> Gonzalo Vial, *Historia de Chile, (1891-1973)*, Volumen II, Santiago, Santillana, 1982, pp. 440 y 439, respectivamente.

**Gráfico 4: Asociaciones populares tarapaqueñas según fundación, 1890 – 1907**

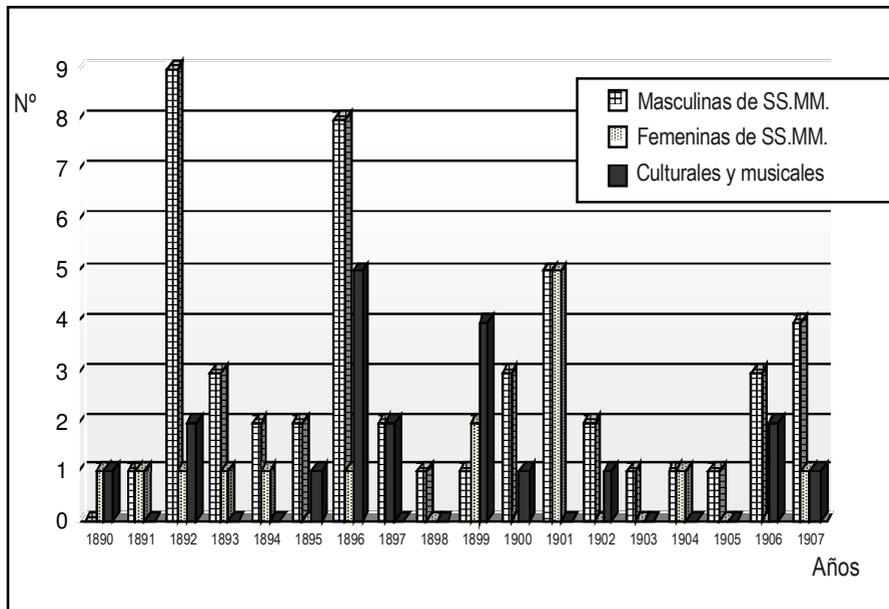


Fuente: Ver nota N° 29 a pie de página.

Durante este mismo marco temporal, la región experimenta una intensa actividad asociativa, la que permite apreciar en torno a qué elementos se constituía en el Tarapacá del período un *nosotros* de referencia. Nuevamente, algunos gráficos confeccionados a partir de la información proporcionada por la revisión de la prensa provincial y de archivos oficiales del período, nos permitirá resaltar estas opiniones.<sup>43</sup> Así, el Gráfico N° 4 ilustra el amplio despliegue asociativo que durante nuestro período tiende a registrarse entre los sectores populares de la provincia.

<sup>43</sup> Desgraciadamente, para este caso no podemos completarla con la información de Floreal Recabarren, ya que pese a que este autor, en su texto tantas veces citado, proporciona una completa enumeración y pequeña caracterización de las diversas sociedades formadas en Tarapacá y Antofagasta entre 1844 y 1913, no registra las fuentes utilizadas para ello. Ver op. cit., pp. 162 a 186.

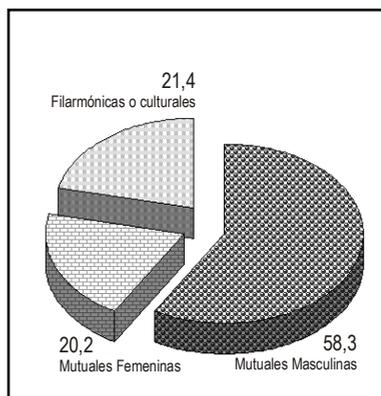
**Gráfico 5: Asociaciones populares tarapaqueñas según su tipo, 1890 – 1907**



Fuente: Ver nota de pie de página N° 29

En este caso, ya sea en su carácter asistencial —propio de las sociedades de socorros mutuos masculinas y femeninas— más marcadamente sindical como en el de la Sociedad Mancomunal, o cultural y recreativo como en las sociedades filarmónicas, el sentido que ellas tienden a desplegar durante este período está marcado por la experiencia laboral, tal cual queda evidenciado en los Gráfico N° 5 y 6. Ante todo, la asociatividad popular tarapaqueña tiende a potenciar lo que Eduardo Devés ha denominado como la *cultura obrera ilustrada*, en donde el papel que le cabe a los trabajadores, como clase, es fundamental en la transformación de la sociedad.<sup>44</sup>

**Gráfico 6: Asociaciones populares tarapaqueñas del periodo: porcentajes según tipo**



Fuente: Ver nota de pie de página N° 29

<sup>44</sup> Ver Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, en *Mapocho*, N° 30, Santiago, 1991.

Durante nuestro período, una vez superada la inestabilidad generada en la región por la huelga de 1890 primero, y la revolución de 1891 después, la asociatividad popular redefinió su orientación en un marcado sentido clasista. Al respecto, en un buen análisis de la actividad societal tarapaqueña entre 1880 y 1895, Julio Pinto ha señalado que a partir de 1891 —y tal como se corrobora por los Gráficos N° 4 y 5— “las asociaciones obreras tarapaqueñas experimentaron un salto exponencial, tanto en calidad como en número. Las pocas sobrevivientes del período anterior alcanzaron niveles inéditos de actividad y autonomía, mientras que en círculos previamente ajenos al espíritu asociativo comenzaron a surgir otras enteramente nuevas. [...] Tal vez más importante aún, el discurso societario ganó en autoridad, seguridad y afirmación de su identidad trabajadora [...] que hizo de las sociedades obreras un actor central de la vida tarapaqueña de los noventa”. Concluyendo de su estudio que la transformación de las sociedades “se expresó en una postura más confiada, auto-afirmativa y clasista. [...] En todos los casos, la identidad de clase pasó a ocupar un papel definitorio y central. Hacia mediados de la década del noventa, el discurso de las sociedades tarapaqueñas era ya decididamente <obrerista>”<sup>45</sup>.

Pese a lo incompleto y parcial que pueda resultar la información de base para la elaboración de estos tres últimos gráficos —al estar centrados especialmente en la actividad desarrollada en Iquique— nos dan una buena impresión de la intensidad asociativa registrada en la provincia. En cuanto a su carácter, la marcada identificación de clase —destacada ya por Julio Pinto para la última década del mil ochocientos— y que impregnara tanto a asociaciones de carácter mutualista como culturales, parece haber permanecido e incluso haberse reforzado con el cambio de siglo ya que a principios de 1901 nace en Iquique una nueva sociedad, la que marcará definitivamente una radicalización en la acción clasista de la organización tarapaqueña.

Fundada formalmente —luego de un arduo año de trabajo<sup>46</sup>— el 21 de enero de 1901 por Abdón Díaz Galleguillos, quien fuera permanentemente su presidente, se formó bajo la apariencia de una mutual, pero convocando como potencial mancomunado a quien reuniera como condición prioritaria y excluyente el “pertenecer a la clase obrera”,<sup>47</sup> formándose con ella una de las primeras instituciones

<sup>45</sup> Julio Pinto V., “En el camino de la Mancomunal: organizaciones obreras en la provincia de Tarapacá, 1885-1895”, en *Cuadernos de Historia*, N° 14, Santiago, 1994, respectivamente p. 118 y 134.

<sup>46</sup> Algunos aspectos relativos al largo proceso formativo de esta institución se encuentran en Pablo Artaza, *Movimiento social*, op. cit., pp. 52 a 55. Ver también, Julio Pinto, “Discursos de clase en el ciclo salitrero: la construcción ideológica del sujeto obrero en Chile, 1890-1912”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Año VIII, Vol. 1/2, Santiago, 2004, p. 164.

<sup>47</sup> Ximena Cruzat, *El movimiento Mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907*, Tomo I, Santiago, mimeo, 1981, p. 27.

excluyentemente clasistas del país. A poco andar, la Mancomunal iquiqueña fue la iniciadora de un movimiento nacional de vastas proporciones y que a juicio del historiador Hernán Ramírez Necochea: “marca la etapa inicial del moderno sindicalismo chileno”.<sup>48</sup> Más enfático aún resulta Floreal Recabarren, ya que según sus palabras, “con el advenimiento del siglo XX, se abrirá una nueva etapa en la historia del proletariado nortino y chileno (ya que) una nueva Institución, más ágil y dinámica y con nuevas posibilidades de éxito, se ofrecerá a los asalariados, dentro de cuyos moldes se iniciarán las batallas decididas entre asalariados y capitalistas”.<sup>49</sup> A partir de su fundación, la Mancomunal se definió como una institución que conjugaba la necesidad de enfrentar colectivamente las carencias sociales inmediatas, propias de las asociaciones de socorros mutuos y del mutualismo en general, con la acción política de defensa del trabajo que hacía poco estrenaran en el país las sociedades de resistencia,<sup>50</sup> por lo que su instalación —al menos discursivamente— no intentaba venir a rivalizar con las formas asociativas populares existentes en la zona salitrera, en cuya dinámica y funcionamiento encontraba algunas limitaciones.

Claramente expresado en sus propios planteamientos, la excesiva fragmentación organizativa del mundo popular y el predominio de las dinámicas mutualistas contribuían a reforzar la debilidad del *trabajo* frente al *capital*. Y es así como desde su instalación en Iquique, la Mancomunal demostró plantearse como una institución destinada a lograr la superación del mutualismo, al incluir entre sus tareas prioritarias áreas diferentes como la defensa del trabajo; y más puntualmente al señalar que no buscaba entrar en competencia con las demás sociedades obreras de la provincia, ya que la Mancomunal se orientaba a constituirse por encima de ellas: “El ser miembro de otra institución, no es un obstáculo para pertenecer á está, cuyos fines van dirigidos a conseguir el mejoramiento económico de sus combinados, recursos que son la base de la existencia de las hoy establecidas”, reconociendo así que por sus características especiales, “Esta institución en su forma y por su clase, es la primera que se funda en el país y aún en Sudamérica”. Estas afirmaciones eran reforzadas al señalar que “La Combinación Mancomunal de Obreros, a fin de poder tratar el interés de todos los que nos encontramos ligados sobre un mismo vínculo, cual es el del trabajo, es extensiva a todos los gremios obreros”.<sup>51</sup>

Haciendo aún más clara esta intención y explicando los alcances del sentido institucional de la Mancomunal frente a las formas predominantes existentes hasta

<sup>48</sup> Hernán Ramírez Necochea, *op. cit.*, p. 271.

<sup>49</sup> Floreal Recabarren, *op. cit.*, p. 182. Para una descripción de las características y obras de esta institución desde su fundación, ver pp. 182 a 191.

<sup>50</sup> Ver, por ejemplo, Ximena Cruzat, *op. cit.*; Fernando Ortiz, *op. cit.*, p. 191; y Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, Ediciones Documentas y ECO, 1991, p. 252.

<sup>51</sup> “Fines primordiales de la Combinación Mancomunal de Obreros”, *El Pueblo*, Iquique, 25 de abril de 1901.

el momento en el movimiento popular, el mismo Abdón Díaz —pocos años más tarde— argumentaría respecto a la necesidad de enfrentar los nuevos desafíos con instrumentos igualmente novedosos, logrando constituir una herramienta más poderosa que las sociedades de corte mutual. Según sus palabras: “En Iquique especialmente y en toda la República existen, como en Santiago, numerosas asociaciones de socorro mutuo, cuyo espíritu general es colectar dinero para procurar medicinas al socio enfermo que las solicita y sepultar honrosa y decentemente a los socios que fallecen”, lo que pese a continuar siendo importante, ya “no bastaba a satisfacer nuestras necesidades, en una época en que veíamos declinar seriamente nuestra situación económica, y por ende, la representación social se desvanecía para nosotros. Notábamos en cambio, que una densa oscuridad nos rodeaba a paso de gigante”. Según sus palabras, era la excesiva pauperización en las condiciones de vida de los sectores populares lo que obligaba a generar un nuevo referente. “Era preciso —continuaba Díaz— detener esas sombras, que consistían en la eliminación del hombre honrado de los centros sociales; la pérdida irreparable del derecho a la libertad de accionar; la renuncia imperdonable a la facultad de adquirir, apreciar y manifestar los deseos y aspiraciones; en fin, la renuncia a la vida misma, puesto que prevalecía sobre nosotros el imperio absoluto del hambre”. Ante situación tan extrema, el mutualismo no resultaba herramienta suficiente, y “hubimos de rebelarnos; pero en términos racionales, como cumple a hombres de y jefes de familia. Rebelarnos en contra de la absorción de la libertad individual, absorción buscada por medio del sitio brutal del hambre”. Era necesario, por tanto, generar mecanismos que permitieran afrontar estas circunstancias, ya no solamente supliendo algunas de las principales necesidades populares — como lo hacía el socorro mutuo— sino que generando un tipo de asociación que posibilitara enfrentar la más profunda de todas las desigualdades, la existente en torno al enfrentamiento entre el trabajo y el capital; sobre todo al resultar tan fácil “apreciar el grado de justicia que asiste a los obreros para constituirse en defensa del pan propio y de sus hijos”.<sup>52</sup>

Es la centralidad asociativa en torno a la defensa del trabajo lo que más significativamente diferenciaba al movimiento mancomunal del mutualista, y lo que a juicio de la propia organización representaba una forma más directa y exitosa de afrontar los desafíos del presente. Llegando incluso a manifestar cierta superioridad frente a las estrategias —a su juicio parciales— adoptadas por las sociedades de socorros mutuos, lo que les permitiría afirmar que “lo que no han podido hacer las Sociedades de Socorros Mutuos en cuarenta años que llevan de lucha, lo han hecho las Mancomunales en menos de cuatro años que tienen de existencia”.<sup>53</sup>

<sup>52</sup> La declaración de Abdón Díaz en “Las Mancomunales de Obreros”, *Las Últimas Noticias de El Mercurio*, Santiago, 24 de mayo de 1904.

<sup>53</sup> “La Convención Mancomunal de Obreros de la República”, *El Alba*, Lota — Coronel, 1° de junio de 1904.

Este nuevo estilo organizativo popular instaurado en Iquique, rápidamente comenzó a generar un movimiento de envergadura nacional y prueba de su éxito se evidenció en el efectivo esfuerzo desplegado por lograr congregarse tempranamente una actividad federativa,<sup>54</sup> orientación que posteriormente adquirirá alcance nacional con la celebración de la Primera Convención Nacional de Mancomunales, celebrada en Santiago en mayo de 1904, y que reunió quince agrupaciones que representaban a veinte mil afiliados de todo el país, quedando igualmente presidida por Abdón Díaz.<sup>55</sup> En Iquique, la Mancomunal creció rápidamente y según Jobet a un año de su fundación tenía 2.800 miembros, alcanzando a 6.000 afiliados dos años después.<sup>56</sup> Para la misma Mancomunal, sus cifras eran más alentadoras aún, ya que para fines de agosto de 1902 indicaba que la institución “representa la voz de siete mil hombres organizados”.<sup>57</sup> Según sus estatutos, esta sociedad tenía por objetivos el que todos sus miembros gozaran de los beneficios de una agrupación de esta naturaleza, es decir, “la protección en el trabajo, la defensa de los derechos del obrero y las garantías del socorro mutuo y de los demás servicios que funcionan a su amparo”.<sup>58</sup> Pero, rápidamente la Mancomunal reorientó su labor al disminuir el carácter mutuo de los primeros tiempos, asumiendo decididamente un rol fundamental en torno a la representación de los trabajadores, pasando a concentrar su actividad en el planteamiento y la defensa de las principales reivindicaciones de los sectores populares de la provincia. Es así como, la Mancomunal iquiqueña comenzó a tener un activo papel en los conflictos sociales de la zona, llegando a constituirse en uno de los más importantes conductores del movimiento social tarapaqueño en los primeros años del 1900, y un buen ejemplo de ello puede apreciarse en la extensa huelga que entre enero y febrero de 1902 paralizó el puerto de Iquique.<sup>59</sup>

<sup>54</sup> “De Pisagua. Delegados obreros”, *El Nacional*, Iquique, 20 de julio de 1902.

<sup>55</sup> Floreal Recabarren, op. cit., p. 228. Respecto a la Convención, sus representantes, asistentes y características, ver además, Julio César Jobet, op. cit., pp. 146 y siguiente; y Jorge Barria, *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico — social*, Santiago, 1971, pp. 27 a 29. Para un examen más actualizado, Pablo Artaza Barrios, “Hacia la constitución de una Federación Obrera Nacional: La Primera Convención Nacional de Mancomunales, Santiago 1904”, en *XIV Jornadas de Historia Regional de Chile*, Universidad Católica de Valparaíso, 2008.

<sup>56</sup> Julio César Jobet, op. cit., p. 144. En una nota de un periódico anarquista de la pampa correspondiente a 1905 se indicaba que casi todos los trabajadores de la Bahía pertenecían a esta institución. Ver “La Mancomunal y la huelga de Iquique”, *La Ajiitación*, Estación Dolores, 9 de junio de 1905.

<sup>57</sup> “Editorial”, *El Trabajo*, Iquique, 30 de agosto de 1902.

<sup>58</sup> Ximena Cruzat, op. cit., p. 82.

<sup>59</sup> Al respecto ver “Huelga”, *El Nacional*, Iquique, 17 de diciembre de 1901; “Los palanqueros del ferrocarril y Los lancheros de la casa Lockett Bros y Ca”, *El Nacional*, Iquique, 18 y 21 de diciembre de 1901; “El conflicto de los trabajadores”, *El Nacional*, Iquique, 9 de enero de 1902; “Sobre la huelga”, *El Nacional*, Iquique, 11 de enero de 1902, (este periódico en su edición del 14 de enero y bajo el nombre de

La actitud mantenida por la Combinación tanto en este como en otros innumerables conflictos obreros le hizo ganarse a la Mancomunal el título de “oficina de huelgas o logia superior de disturbios”, como fue calificada posteriormente por el periódico *El Porvenir*, de Santiago.<sup>60</sup> Ante esto, como comentamos, los patrones iquiqueños comenzaron a ver en la Mancomunal una amenaza a sus intereses, por lo que no ahorraron recursos para perseguir, desprestigiar y, en definitiva, acabar con esta organización, para lo cual —por intermedio de la acción de algunos trabajadores— intentaron la disolución de la Mancomunal.<sup>61</sup> Para los propietarios, la Mancomunal se constituía en un factor de riesgo tanto por su capacidad para movilizar a los gremios como por la labor de agitación que, respecto a los trabajadores tarapaqueños, desarrollaba la institución.<sup>62</sup>

En una opinión similar, un corresponsal de un periódico de Santiago, se alarmaba ante el carácter de la Combinación, y resaltando su diferencia respecto a otras organizaciones de corte mutualista presentes en la provincia, destacaba “las peligrosas tendencias y fines que persigue la Mancomunal de Obreros, que no es como las demás sociedades de obreros de protección y de ahorro, sino verdadera logia socialista, como se ha declarado tantas veces por intermedio de su órgano *El Trabajo*”, insistiendo luego en que ésta organización representa “pretensiones socialistas que usan exigencias progresivas y sin término, con el fin de crear dificultades al capital o ir preparando paulatinamente el terreno para el revolutis social a que aspiran con tanta vehemencia”.<sup>63</sup>

Con esta actitud, el sector patronal comenzó a perfilar a la Mancomunal como una entidad peligrosa, ya que a su juicio alteraba las buenas relaciones que ellos habían logrado establecer con los trabajadores. Y así lo hicieron ver al Presidente de la República a inicios de 1904, oportunidad en que los más importantes industriales del salitre le enviaron un Memorial en el que, junto a destacar las utilidades que su actividad generaba para el erario nacional, señalaron que “La industria

“Protesta de Gibbs y compañía y otros” publica un recuento —hasta la fecha— de los acontecimientos); “La situación que se complica”, *El Nacional*, Iquique, 16 de enero de 1902; “Los nuevos trabajadores”, *El Nacional*, Iquique, 18 de enero de 1902; “Las faenas del puerto. Todo el mundo al trabajo” y “Las faenas del puerto. Fin de la huelga”, *El Nacional*, Iquique, 5 y 14 de febrero de 1902.

<sup>60</sup> Citado por Ximena Cruzat, op. cit., p. 129.

<sup>61</sup> Para ello, los patrones salitreros se aprovecharon de que la Combinación no contaba con personería jurídica y utilizaron a algunos trabajadores para que presentaran ante la justicia un requerimiento de liquidación de la Mancomunal. Esta situación llevó a la institución a tener que inscribirse como Sociedad Mercantil Colectiva, la que quedó registrada bajo la razón social de Abdón Díaz y Compañía. Esta polémica situación quedó registrada en los periódicos iquiqueños y puede seguirse tanto a través de *El Nacional* como de *El Trabajo* durante la primera quincena de enero de 1903.

<sup>62</sup> Ver “La Mancomunal de Obreros”, *El Nacional*, Iquique, 3 de enero de 1903.

<sup>63</sup> “Inserciones: Como juzga *El Trabajo* a la prensa de Chile”, *El Nacional*, Iquique, 22 de abril de 1903.

salitrera atraviesa por circunstancias en cierto modo delicadas, provenientes en realidad, no de que exista entre nosotros una cuestión obrera propiamente tal, sino de que elementos extraños a ella tratan de perturbar su tranquilidad, con fines muy diversos de los intereses bien entendidos del pueblo trabajador”.<sup>64</sup> Esta visión tendió a imponerse entre los propietarios de la provincia e incluso tuvo eco en Santiago donde un periódico comentaba que “Toda la causa de las huelgas y agitaciones populares, todo el origen de esa *cuestión obrera* de que tanto se habla en Santiago, está en la acción perturbadora de las Sociedades Mancomunales, que han establecido su asiento en los puertos de la región salitrera. Allí han desarrollado su acción socialista, sugestionando la imaginación inculta de nuestras masas con las teorías de factura europea sobre la lucha entre el capital y el trabajo y las llamadas *revindicaciones sociales*”.<sup>65</sup>

Tanto en la visión de los patrones como en la que los propios sectores populares tarapaqueños levantaban de sí mismos, la posición que respectivamente ocupaban en la estructura de clases adquiriría tal centralidad que permitía transformarse en fuente de articulación de la experiencia cotidiana de los trabajadores de la región. Reforzando con ello su contribución a servir de base para orientar, conducir y darle sentido a la acción colectiva.

## EL PAPEL DE LA CLASE SOCIAL EN LA IDENTIDAD PAMPINA

A través de la revisión anterior es posible apreciar, con relativa facilidad, como en el contexto de *la cuestión social* en la nortina provincia de Tarapacá, especialmente en el período analizado, los sectores populares enfrentaron un complejo proceso de reconfiguración identitaria. Tal cual planteara Sergio González, a quien analizamos al inicio de este artículo, los diversos involucrados que acudieron con sus fuerzas a satisfacer la necesidad de brazos de la industria salitrera, se encontraron con un escenario riguroso y en el cual fueron sometidos a situaciones igualmente extremas; ante lo cual, colmados de sus respectivas cargas culturales enfrentaron el desafío de hacer de ella una realidad mejor. Durante el ciclo del salitre, esta experiencia resultó sumamente interesante, ya que decidieron realizarlo colectivamente y, para ello, a la par de constituirse en sujeto colectivo, se construyeron como una nueva identidad: la pampina. Para la realización de esta complicada operación, los sectores populares de Tarapacá debieron enfrentar una serie de pasos y conjugar una multiplicidad de referentes, algunos de los cuales incluso — como la nacionalidad— tendían más a la disolución que a la cohesión de la

<sup>64</sup> “El memorial de los salitreros”, *El Tarapacá*, Iquique, 18 de marzo de 1904.

<sup>65</sup> La nota corresponde a *El Ferrocarril* de Santiago del 22 de abril de 1904 y es reproducida bajo el título de “La cuestión obrera de Tarapacá” por *El Nacional*, Iquique, del 17 de mayo de 1904. El destacado corresponde al original.

colectividad popular.<sup>66</sup> Asimismo, asumieron la tarea cotidiana de procesar colectivamente su realidad y de diseñar mecanismos idóneos para su transformación.

En ese proceso de construcción de la identidad pampina, los sectores populares de la provincia debieron resolver un problema fundamental —que tal cual lo han destacado Pierre Tapp y Luis Alberto Romero resulta consustancial a la generación de cualquier identidad— como lo es la constitución de un *nosotros* de referencia. Para los pampinos, esta labor no fue sólo el fruto de una determinación impuesta por la precariedad de las condiciones materiales de existencia reinantes en la zona —por mucho que hayan contribuido— sino que el producto de una experiencia que fue social y culturalmente procesada. En la generación de ese vínculo colectivo, el papel desempeñado por las dos variables examinadas, conducentes a la formación de una clase social, jugó un papel fundamental. En primer lugar, el sostenido incremento registrado —a través de la dos fases ascendentes— por la acción colectiva pampina, como asimismo del amplio predominio de la reivindicación salarial como base de la misma, nos demuestran la preeminencia que adquirió en el período el referente de clase a la hora de enfrentar su realidad. En segundo lugar, ello se vio reforzado tanto por el acrecentamiento registrado por la asociatividad popular entre 1890 y 1907, en las que el carácter clasista progresivamente fue marcando las pautas de la sociabilidad pampina, como por las transformaciones que en ella operaron, las que se evidenciaron con mayor claridad en la insistencia clasista de la nueva forma asociativa surgida a comienzos de siglo en la provincia de Tarapacá.

Junto a lo ya comentado —y entre una multiplicidad de otros factores involucrados— a la definición de un *nosotros* también contribuyeron el contexto laboral reinante, la naturaleza de los principales conflictos sociales que se registraban y la actitud de los otros actores presentes en la zona. Laboralmente, las condiciones de explotación registradas en el área durante este período, ampliamente comentadas por la historiografía, sumadas a las recurrentes crisis que generaban una casi permanente inestabilidad —ya destacada por González— y que caracterizaban a la industria salitrera, le facilitaban bastante la labor a los sectores populares a la hora de jerarquizar sus necesidades y preocupaciones. Por su parte, durante nuestro período, los principales conflictos sociales presentes en esta área, antecediendo incluso lo que ocurría a nivel nacional, tendieron a concentrarse en torno a la desigual relación existente entre el capital y el trabajo, tensión en torno a la cual los sectores populares de la provincia no solo tendieron a desplegar gran parte de su acción colectiva, sino que les señaló un espacio, y en cierta medida también un rol, en el que coincidían. Asimismo, tanto a través de sus medidas específicas en materia laboral como de su comportamiento en el conflictivo escenario social, las autoridades y el sector patronal —práctica y discursivamente—

<sup>66</sup> Además de las obras ya citadas de Sergio González, ver el artículo de Julio Pinto, Verónica Valdivia y Pablo Artaza, op. cit., pp. 307 a 318.

tendieron a reforzar la estrecha vinculación existente entre el mundo popular tarapaqueño y la experiencia de clase. Todos estos elementos concurrían alrededor de la existencia popular, contribuyendo a que los pampinos se reconocieran en torno a una vivencia compartida, reforzada tanto por elementos que contribuían a su identificación colectiva como a su diferenciación respecto de *otros*.

Así, bajo un contexto histórico específico —como la provincia de Tarapacá entre 1890 y 1907— y dadas las particulares descritas respecto a las características asumidas por la movilización y la asociatividad popular, consideramos que se demuestra la centralidad adquirida por la constitución de una clase social; la que en su predominio frente a otros factores, tendió a actuar como categoría articuladora de la identidad de los sectores populares tarapaqueños. Dándose con ello lo destacado ya por Luis Alberto Romero, quien al plantear que la identidad de los sectores populares, al estar cruzada por innumerables diferencias ya sea ocupacionales, culturales o nacionales, pareciera dividirse y fragmentarse hasta astillarse, es posible —sin embargo— que surjan determinadas facetas que permitan que prevalezcan algunos elementos por sobre los otros, generando una identidad más compacta.<sup>67</sup> En este caso concreto y durante el período examinado, la clase social —constituida en referente tanto del sujeto popular como de su comportamiento colectivo— llegó a jugar un papel fundamental como *fuerza de sentido* para los pobres de Tarapacá, conformándose en el *núcleo duro* sobre el que se conformaría la identidad pampina.<sup>68</sup>

El trabajo, las condiciones en que se efectuaba, las características de estrecho contacto social en que se daba y que a partir de ella se forjaban, dio paso a la generación de un colectivo social —un *nosotros*— que procesó su realidad y se expresó frente a ella, tanto a través de las diversas acciones de movilización y protesta social como de asociatividad y organización popular, las que condicionaron la sociabilidad, el comportamiento colectivo y la generación de una cultura popular que tendió a articularse en torno a la clase como una de sus fuentes priorizadas de identidad colectiva. La que incluso, como ha demostrado Julio

<sup>67</sup> Ver Luis Alberto Romero, “La identidad de los sectores populares en el Buenos Aires de la entreguerra (1920-1945)”, en *Última Década*, N° 5, Viña del Mar, 1996.

<sup>68</sup> Resulta importante aclarar que Romero, siendo —como se ha señalado— uno de los más reticentes a homologar las categorías de clase e identidad, no lo considera un imposible ya que comentando las aportaciones de los historiadores marxistas británicos indicará que “La exploración de otras esferas de la vida de los trabajadores —principalmente a partir de la de la cuestión del nivel de vida— reveló que había distintas posibilidades de encarar el problema de la constitución de los sujetos, no sólo centrada en su vida laboral. Los estudios sobre la formación de la clase obrera dieron cuenta de una transición muy matizada y muy larga, y de una serie de formas intermedia no homologables al viejo paradigma de la clase obrera, aunque tampoco incompatibles”. Ver Luis Alberto Romero, “Los sectores populares urbanos”, op. cit., p. 269.

Pinto, se daría en paralelo a la estructuración de un discurso de clase por parte de los sectores populares de la provincia.<sup>69</sup> Así planteado y coincidiendo con Charles Taylor, para quien la “identidad se define por los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual yo intento determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que apruebo o a lo que me opongo. En otras palabras, el horizonte dentro del cual puedo adoptar una postura”,<sup>70</sup> queda claro que la adscripción de clase jugó un papel clave en la conformación de la identidad pampina entre 1890 y 1907, ya que es en torno a este referente, que los sectores populares tendieron a generar sus estrategias, ordenar sus vidas y planear su futuro. Ahora bien, ello no quiere decir que la clase haya llegado a constituir el único referente generador de identidad, siempre dinámica y atravesada por variados elementos cruzados, pero al menos durante este período, pudo aparecer un elemento, la identificación con una clase social, que actuó como horizonte de referencia para que los trabajadores tarapaqueños enfrentaran su existencia cotidiana y a partir de ella elaboraran, construyeran y proyectaran su experiencia.

<sup>69</sup> Julio Pinto V., “Discursos de clase”, op. cit., p. 195.

<sup>70</sup> Charles Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona, Paidós Básica, 1996, p. 43.

blanca